Hermano Jean-Marie COURCHINOUX

Nuestro hermano Jean-Marie, Albert Courchinoux, nació en 1942 en Lacapelle-del-Fraisse, en el Cantal. El nombre de este pueblo significa «la capilla del fresno». Había, en efecto, una capilla en la parte alta del cementerio y, al lado, un fresno —en el habla local, «fraïssés»—, una de cuyas ramas servía para colgar la campana de la capilla.

Este pequeño detalle evoca bien el sentido práctico de nuestro hermano, que sabía encontrar soluciones sencillas y hacer buen uso de lo que tenía a su disposición. Ofrece también una bella imagen de esa sencillez cisterciense que une el trabajo de las manos, la cercanía a la naturaleza y la búsqueda de Dios.

El hermano Jean-Marie fue, en efecto, responsable de la granja durante mucho tiempo, tras haberse formado en una escuela de agricultura antes de su ingreso en el monasterio. Estaba muy apegado al trabajo agrícola, especialmente al cultivo del lavandín en los campos de la antigua granja de Saint-Étienne. Allí trabajaba con nuestro antiguo trabajador Lionel Vernet en la puesta a punto de una máquina innovadora para facilitar su corte.

Pero nos estamos adelantando… El hermano Jean-Marie procedía de una familia de siete hijos. Los cuatro mayores eran tres chicas y un chico. Venían después Jean-Marie y su hermano gemelo, y luego una última hermana, la benjamina. Nos alegra acoger entre nosotros esta tarde a dos de sus hermanas, Fernande y Janine, junto con sus esposos.

Su familia es testigo de ello: desde muy joven sentía una marcada atracción por el silencio y el recogimiento en una iglesia. Llegaba incluso a decir: «Desde mi más tierna infancia, el lugar donde soy más feliz, donde mejor me siento, es una iglesia». ¡He aquí, sin duda, un signo de vocación monástica!

Con su sentido común de campesino, sabía pedir consejo sobre su vocación. Lo hizo al padre François Bordes, párroco de Quézac, y a monseñor Marty, entonces obispo de Saint-Flour. Ambos lo confirmaban en su decisión.

Así fue como, después de obtener su diploma y hacer el servicio militar, ingresó, a los 21 años, en Bonnecombe, una abadía del Aveyron fundada en el siglo XII, en la actual diócesis de Rodez. Allí recibió el hábito de novicio el 2 de julio de 1964. Pero, cuatro meses más tarde, ¡se decidió el cierre del monasterio! El hermano Jean-Marie eligió entonces continuar su noviciado en Aiguebelle. Allí hizo su profesión simple el 15 de agosto de 1966 y su profesión solemne el 11 de abril de 1971. Aiguebelle se convirtió así en su comunidad para el resto de su vida.

Ejerció durante un tiempo el cargo de subprior, a partir de 1976. También fue concejal en Montjoyer durante algunos años, una función que había apreciado mucho.

Al disminuir la actividad agrícola, pasó a ser hospedero. Su bondad, su amabilidad y su disponibilidad, incluso ante los imprevistos, le valieron la estima y el afecto de todos.

También sabía mantener el orden en la casa. Cuando algo no le gustaba, le bastaba con fruncir el ceño y decir una palabra clara y firme para que todos comprendieran. Sabía expresar lo que pensaba con toda sencillez, sin el menor rastro de agresividad.

Su atención a la vida de la casa se manifestaba también en el cuidado que ponía en embellecerla. Me han hablado de su amor por las flores. Sabía mirarlas y realzarlas en los ramos que preparaba con esmero para las mesas del refectorio.

Su presencia en la hospedería tocó profundamente a personas de toda condición y procedencia, y no es exagerado decir que la hospedería tuvo una gran proyección durante el tiempo en que ejerció su misión de hospedero en Aiguebelle.

Nos han llegado numerosas respuestas y testimonios de personas que habían quedado profundamente marcadas por las palabras tan sencillas del hermano Jean-Marie en la hospedería. Palabras que iluminaron, guiaron y orientaron a personas que hacían retiro en una situación de sufrimiento o de búsqueda.

El hermano Jean-Marie siempre fue un hermano muy querido. Si había en la comunidad un hermano que no tenía ningún problema de relación con los demás hermanos, era precisamente él. Gozaba de la estima y del afecto de todos.

Esto se debía a su sencillez, su acogida cálida y su sonrisa casi permanente. No juzgaba a nadie, sabía acoger y escuchar. Tenía el don de tranquilizar, de serenar, especialmente a las personas al final de la vida. Algunos incluso lo describen como un «guía para pasar de la vida terrena a la vida divina».

Y, sin embargo, en todo esto había una paradoja sorprendente.

Debido a su dolorosa historia familiar desde muy joven, tenía una visión muy pesimista de los acontecimientos y, sobre todo, de sí mismo. Se desvalorizaba constantemente. Los superiores tenían que sostenerlo continuamente, animarlo, devolverle la confianza en sí mismo y asegurarle que tenía plenamente su lugar en la comunidad, donde era muy estimado. En cada cambio de superior —y conoció a muchos— temía que lo echaran, algo que, por supuesto, nunca se le había ocurrido a ningún superior. Siempre se juzgaba un mal monje, cuando era admirado y querido por todos en la comunidad.

El cierre de la hospedería durante la pandemia de Covid-19 lo había afectado mucho. Quedó profundamente debilitado por ello. Los signos de depresión y una gran fragilidad psíquica llevaron a una breve hospitalización en 2021, sin que esta le aportara la ayuda esperada.

De junio de 2021 a mayo de 2022 residió en la residencia de mayores Saint-Joseph, en Aubenas. Deseaba vivamente regresar a su comunidad, y los hermanos se alegraron de acogerlo a su vuelta.

Tenía casi 84 años y contaba con 60 años de profesión monástica cuando el Señor lo llamó. Falleció dos horas después de haber recibido los últimos sacramentos, rodeado de los hermanos.

Para concluir, este testimonio de nuestra amiga fotógrafa Isabelle Martinez: «El hermano Jean-Marie mostraba, hacia cada uno y en todas las circunstancias, una grandísima dulzura y una gran paciencia. Su sonrisa y su amabilidad permanecerán para siempre en mi memoria. Puesto que ahora está junto al Señor, sé que está en paz, rodeado de dulzura».

Que descanse en paz y que su ejemplo nos anime y nos ayude a perseverar también nosotros.







Aiguebelle, 26/11/2026